

LOS ADIOSES

Recapacito sobre mi vida y encuentro que el sólo hecho de hacerlo me convierte en viejo. Los viejos somos los únicos que nos dedicamos a esto a falta de otras actividades más gratas. Qué esperanza que un joven se ponga a recapacitar. Ellos viven la vida, no la piensan. Nosotros, los viejos, la pensamos mucho y la vivimos muy poco. Esa es la gran diferencia. Pues bien, como dije, me puse por enésima vez a recapacitar sobre mi vida, sobre los sucesos más importantes, las grandes alegrías y las terribles tristezas, los triunfos y los fracasos, los amores y los desamores, las épocas de bienestar y las de malestar. Grandes sonrisas tuve al recordar las travesuras de niño o las bromas que nos jugábamos los amigos en la adolescencia. Recordé desde películas que vi, juegos de fútbol a los que asistí, danzones que bailé, ciudades que recorrí, libros que leí, borracheras que me puse, operaciones que me hicieron, ideas que cambié con el tiempo, profesores que me enseñaron, mujeres que amé, amigos que tuve, escritos que rompí y al final me di cuenta que la vida se convierte en una serie de adioses que no terminará hasta el adiós final. Tuve que decirle adiós a mis juguetes de niño, a mi nana que me cuidó y me sacaba al parque, a mis pantalones cortos, a mis rodillas raspadas, a las diarreas por comer mucho, a los besos empalagosos de mi abuela, a la lucha de almohadas con mis hermanos, a Blaky, mi perro consentido; adiós a mi azoro al saber cómo se hacen los niños, la no existencia de Santa Claus, saber que mis padres se peleaban. Adiós a la sensación de placer y culpa al tocarme ahí, adiós al terminar de leer completo un primer libro, adiós a la alegría de poder bailar con una joven un cha cha chá. Adiós a la pasión que me produjo la guerra mundial, adiós al enamoramiento de Sofía Loren o Elizabeth Taylor, adiós a la sensación erótica que me produjeron Marylin Monroe o Ava Garner.

También tuve que despedirme de la extrema excitación que me produjo el primer folleto pornográfico que vi donde todos usaban máscaras para no ser reconocidos, la vergüenza al tener que desnudarme frente a mis compañeros en un campamento. Adiós a la duda gigante de tener que escoger una carrera a los quince años de edad. Adiós al primer muerto de mi familia que tuve que besar en la frente. Adiós a mi primer novia y a mi primer amigo. Adiós a mis maestros que se han ido muriendo o desapareciendo. Adiós, y lo digo con suma tristeza, al verdadero amor que terminó con el matrimonio. Adiós a los hijos que se han ido a otros lados. Adiós a los nietos que nunca veo. Adiós a mi pelo y mis dientes. Adiós a mi salud. Adiós a mis creencias. También me he despedido de mi tranquilidad, del poder dormir, del tener en orden mis intestinos, de mi filiación a un partido político, de mi entrega a algún autor. Y para qué seguir. La lista es interminable de lo que vamos dejando a un lado o atrás de nosotros: personas, cosas, ideas, religiones, gustos, placeres. Mi reflexión terminó al pensar que si me he tenido que despedir de tantos cientos o miles de cosas eso indica que mi vida fue plena, que tuve mucho, muchísimo. Trágico sería no tener de quién o de qué despedirse. Y eso no me ha pasado. Así que el día que tenga que decir adiós a la vida lo diré con agradecimiento.

TOMÁS URTUSÁSTEGUI

Julio 2006